

LA CRISIS FRANCESA DE LOS AÑOS TREINTA

Olivier Dard

Introducción

El tema de la conferencia trata de la crisis de los años treinta, especialmente del caso francés. Pero para introducir mi charla quiero empezar con algunas observaciones a propósito de la crisis mundial, y especialmente europea de los años treinta.

La crisis de los años treinta fue una crisis mundial, llamada por algunos « gran depresión ». Sin embargo, en numerosas ocasiones, los historiadores europeos no se han dado cuenta de la trascendencia mundial de esta crisis como muestra, por ejemplo, un libro colectivo publicado recientemente y titulado *A grande depressão : política e economia na década de 1930*. Su lectura permite darse cuenta de la amplitud de la crisis y de sus consecuencias en Inglaterra o Estados Unidos igualmente que en Perú o en Argentina. Pero, en este interesantísimo libro falta un texto sobre Alemania que es, desde un punto de vista europeo, el símbolo de la crisis de los años treinta.

En efecto, la crisis alemana fue la más grave. El historiador Detlev Peukert la ha calificado de « crisis total » ya que combinaba una crisis económica y social caracterizada por un paro enorme y una crisis institucional y política generada por el incumplimiento de las expectativas generadas en 1919 con la formación de la República de Weimar. Hay que recordar que la constitución de Weimar había prometido, entre otras cosas, el « derecho al trabajo ».

Pero además, hay que tener en cuenta la crisis diplomática y militar, especialmente con Francia porque Alemania no pudo pagar las reparaciones impuestas por el tratado de Versalles de 1919, tratado que los nazis combatieron desde sus inicios.

Para Adolf Hitler y el partido nazi, el fracaso de las alternativas democráticas de la República de Weimar le permitieron crecer desde el punto de vista electoral sobre todo a partir del año 1930 cuando aquel partido obtiene el 18 % de los votos, convirtiéndose en la primera fuerza política dos años después.

En Gran Bretaña, igual que en los Estados Unidos, la crisis fue grave pero fue esencialmente una crisis económica. La situación de Gran Bretaña era difícil ya antes de 1929 y de hecho en las elecciones de 1928 el problema del paro se reveló como un tema candente para los ciudadanos. Evidentemente, el « Crack » de Wall Street agravó la situación, pero la unidad política y nacional del verano de 1931 permitió un acuerdo de las diferentes fuerzas políticas sobre la decisión de devaluar la libra esterlina. El gobierno de unidad nacional impidió el desarrollo de las fuerzas políticas extremistas y antiparlamentarias. De hecho, el fascismo y el comunismo fueron fenómenos electoralmente marginales en la Gran Bretaña de aquellos años.

En Francia, la situación fue diferente. Partimos aquí de la idea de la excepción francesa, cuestión que necesita una explicación detallada.

Quiero hablarles de un libro de un periodista alemán muy conocido, Friedrich Sieburg, titulado *Es Dios francés?* En dicho libro comentaba que Francia en los años 30 era el país donde se vivía muy bien. De hecho, el propio primer ministro conservador André Tardieu decía en 1930 que Francia era « un islote de prosperidad » en un mundo en crisis. Estas palabras pueden resultar extrañas, si nos atenemos a la idea generalizada sobre la crisis social y política de la Francia de los años 30. Pero lo cierto es que a nivel económico, la situación francesa era muy favorable, con índices de crecimiento del 4% en 1930, una balanza de pagos

muy saneada y unas reservas de oro y divisas muy importantes en el Banco de Francia. Esta situación continuó hasta la devaluación de la libra esterlina en septiembre de 1931 cuando la coyuntura económica empeoró notablemente.

La crisis francesa puede ser calificada de polimorfa. La historiografía, especialmente extranjera, pienso especialmente en Eugen Weber, calificó el periodo de los años treinta como un tiempo de «decadencia». Una «decadencia general» ha suscrito Weber. El argumento de la decadencia de Francia ha sido un tema recurrente en parte de la historiografía no sólo en los años 30, sino también muchos años después. Durante la segunda guerra mundial desde Vichy hasta la resistencia se llevó a cabo un proceso a los años treinta y esta cuestión continuó después de la guerra con escritores como Raymond Aron y otros. No ha existido en Francia una nostalgia de los años treinta como de los años 10 del siglo XX, los años de la «Belle époque». Incluso hoy en día, se siguen realizando comparaciones con los años 30, bien por los escándalos políticos-Stavisky frente a Cahuzac-, o bien por el ambiente general de la falta de decisiones políticas. Ciertamente, la crisis de esos años en Francia fue una crisis económica combinada con cuestiones políticas, institucionales y diplomáticas, pero no significó el inicio de la decadencia de Francia como se sugiere por diferentes historiadores.

1.- La crisis económica: liberalismo, devaluación, subida de la tecnocracia.

Las consecuencias de la crisis económica mundial en Francia eran consideradas graves en septiembre de 1931 tras la devaluación de la libra que generó graves tensiones sobre la moneda francesa. En ese momento, los gobiernos y los dirigentes políticos plantearon la necesidad de un informe sobre la situación económica en Francia y las posibles alternativas para salir de la crisis económica.

En aquél tiempo, los mayores expertos económicos eran los profesores de «economía política» de Francia, simbolizados por Charles Rist, profesor en la Universidad de París y especialista en los problemas monetarios. El análisis de los expertos concluía que la crisis económica era esencialmente una crisis monetaria y financiera y a pesar de su gravedad se la podía tratar de acuerdo con los mecanismos económicos ya ensayados en el siglo XIX, es decir, practicando la ortodoxia financiera y el equilibrio presupuestario.

Conviene recordar que los economistas de entonces estaban vinculados con las escuelas del liberalismo económico y la creencia en la autoregulación del sistema económico. En consecuencia, señalaban que se trataba de una crisis de tipo clásico y habría que esperar a la que la situación mejorara, sin necesidad de otro tipo de intervención gubernamental. Estas propuestas se trasladaron a la coalición de centro izquierda integrada por radicales y socialistas que habían ganado las elecciones de mayo de 1932 al formar un nuevo «Cartel de izquierdas» En ese Gobierno radical, ya que los socialistas no participarán en él, figura como Primer Ministro Edouard Herriot, que ya había formado Gobierno en el primer Cartel de Izquierdas entre 1924 y 1926 y había fracasado estrepitosamente en política económica. Por ello, ante la gravedad de la situación y apoyándose en un economista próximo al Partido Radical, Gaston Jèse, optó por una política económica muy prudente centrada en el control presupuestario y la austeridad, pero evitando utilizar el mecanismo de la devaluación monetaria, a pesar de que esa medida era propuesta públicamente por políticos de la derecha como Paul Reynaud que habló incluso de un “Asunto Dreyfus monetario”.

A pesar de la política de austeridad presupuestaria, los gobiernos radicales entre 1932 y 1934 no consiguieron ningún éxito económico y la situación no mejoró nada. El fracaso de la política económica liberal permitió la llegada de hombres nuevos, los futuros tecnócratas, entre los que cabe mencionar el grupo X-Crise -salido de la Escuela Politécnica- transformado más tarde en Centro Politécnico de Estudios económicos.

Este grupo fue muy importante, primero, por la talla de los hombres que lo componían, como el ingeniero Jean Coutrot, el demógrafo Alfred Sauvy, etc. Y en segundo lugar, por sus nuevas especialidades económicas: los ingenieros economistas ambicionaban convertirse en los nuevos expertos económicos frente a los profesores de economía.

Frente a las recetas liberales que habían fracasado en años anteriores proponen la intervención del Estado en la economía, la planificación económica, la reforma del aparato del Estado y de las empresas y la utilización de los métodos estadísticos en el campo económico. Su proyecto económico y social era completamente diferente del «modelo económico liberal republicano». Como comentaba Auguste Detoef, un tecnócrata muy conocido de los años 30 que dirigía la revista *Los Nuevos Cuadernos*: «El liberalismo está muerto».

A partir de esos momentos, todas las propuestas económicas se inscribirán en un modelo de economía pública, estatal y planificada. De hecho, aunque existían en la Francia de los años 30 muchos proyectos diferentes y opuestos tanto entre los grupos de la derecha, incluyendo las derechas radicales, como en las fuerzas de izquierda, el rechazo del liberalismo económico era claramente compartido. Lo que Jean Touchard ha llamado las “consignas del momento” eran las palabras planificación, corporativismo, etc.

Los años 30 fueron un momento de efervescencia y de cambio y si bien las propuestas económicas de los diferentes gobiernos entre 1935 y 1939 parecían muy diferentes, desde la política deflacionista clásica del conservador Pierre Flandin y sobre todo Pierre Laval, a las políticas sociales expansivas del socialista León Blue, con un crecimiento de los sueldos, reducción de la jornada laboral a 40 horas, devaluación de la moneda, etc, o incluso los decretos-ley del ministro de Finanzas Paul Reynaud de 1938 que mejoraron una situación difícil y enterraron definitivamente el Frente Popular, existían elementos importantes de convergencia. Podemos hablar de dos elementos destacados: en primer lugar, el crecimiento de la intervención del Estado en los campos económico y social, y en segundo lugar, el ascenso de la tecnocracia en la dirección de la política económica.

El aumento de la intervención del Estado y la propia reforma de la administración pública fue un tema destacado en los años 30 tanto en los gobiernos de la derecha, como en los de la izquierda. En cuanto al ascenso político de jóvenes tecnócratas en el aparato del Estado cabe señalar que muchos de ellos trabajaron tanto con Gobiernos conservadores como socialistas. Es el caso del demógrafo y especialista estadístico Alfred Sauvy que fue consejero de Paul Reynaud y tiempo después diseñó la jornada laboral de 40 horas para el Gobierno socialista de León Blum, si bien renegó de su empresa años más tarde. Se inaugura de esa manera una nueva forma de hacer política que durará hasta comienzos de los años 50, lo que Michel Margairaz definió como “tiempo de conversión” y Philip Nord como “French New Deal”.

2.- La crisis política e institucional (Los disturbios del 6 de febrero de 1934 y sus consecuencias)

El tema de la crisis del sistema político en Francia no nació con los disturbios del 6 de febrero de 1934, como se ha llegado a decir. En 1919, al finalizar la Primera Guerra Mundial, ya se hablaba en los círculos políticos de la existencia de una crisis del sistema político republicano. En efecto, el conflicto había transformado dos aspectos destacados en relación con el modelo republicano de la Tercera República. En primer lugar, el poder ejecutivo había desempeñado un papel mucho más importante que de costumbre y se planteó la cuestión de si era posible la vuelta a la situación anterior al comienzo de la guerra. En segundo lugar, la postguerra añadió otro problema: la necesidad de la profesionalización de la política en relación con la cuestión fundamental de la competencia política.

Un célebre profesor de Derecho de la época, Joseph Barthélémy, publicó en 1919 un libro importante: *Le problème de la compétence en démocratie*. En dicho libro subrayaba que la elocuencia no era suficiente para un político; era necesaria una mejor preparación en los campos económico y social.

Pero el aspecto más debatido a fines de los años 20 en Francia era la reforma del Estado tanto en el aspecto político, como económico. En cuanto a la reforma económica cabe señalar los numerosos debates de la época acerca de la necesidad de crear una nueva Cámara económica y social, origen del futuro Consejo Nacional Económico. En cuanto a la reforma del sistema político de la Tercera República fue origen de apasionados debates tanto entre los grupos denominados Non Conformistes o Relèves, como en una parte de la derecha francesa encabezada por André Tardieu.

Una parte de la derecha, especialmente con André Tardieu al frente, proponía una modernización conservadora del sistema político. Dicha alternativa planteaba reforzar el poder ejecutivo, siguiendo el modelo británico, de tal manera que en las elecciones parlamentarias los electores pudieran apoyar una mayoría parlamentaria y un primer ministro, líder de dicha mayoría, con capacidad para disolver la Cámara de Diputados sin acuerdo del Senado y el recurso al referendun en caso de dificultades legislativas. Este reforzamiento del poder del Gobierno terminaría con la inestabilidad gubernamental de la Tercera República. Esta propuesta presentada en las elecciones de 1932 implicaba abandonar el modelo pluripartidista, característico del sistema republicano, en favor de uno bipartidista. Frente a Tardieu, se opuso una parte de la derecha (Pierre-Etienne Flandin), el partido radical (Edouard Herriot) y el partido socialista, aliado con los radicales (León Blum). Para ellos, un poder ejecutivo fuerte significaba el «cesarismo», el recuerdo de Napoleón III o del general Boulanger, e incluso una expresión de fascismo (hay que recordar que en 1932 el socialista Blum comparaba a Hitler con el general Boulanger).

En las elecciones de 1932, los franceses votaron en favor del proyecto radical-socialista e igual que en la alternativa económica dieron su confianza a los partidos republicanos más tradicionales y emblemáticos.

Pero la situación, como es sabido, evolucionó rápidamente: el fracaso económico, la llegada de Hitler al poder y numerosos escándalos político-económicos alteraron el ambiente político y conmocionaron a la opinión pública. El escándalo más significativo fue el escándalo Stavisky, un estafador de origen ruso relacionado con políticos radicales. El asunto fue utilizado por el diario *L'Action Française* de Charles Maurras para lanzar una campaña en contra del Gobierno y el sistema parlamentario, destacando la corrupción del propio sistema político. La muerte de Stavisky el 8 de enero 1934 agravó la crisis. Nadie, ni de la derecha ni de la izquierda, quiso admitir el suicidio de Stavisky; todo el mundo lo atribuyó a un asesinato político. En consecuencia, se multiplicaron en París las manifestaciones contra el gobierno y la mayoría radical.

Las ligas nacionalistas (Action Française) estuvieron muy presentes en las manifestaciones de protesta e igualmente los ex combatientes y sus asociaciones. Un nuevo escándalo que salpicaba al ministro de Justicia forzó al jefe de gobierno, el radical Camille Chautemps, a dimitir el 28 de enero, siendo sustituido por otro radical, Edouard Daladier. La crisis parecía resuelta pero Daladier decidió trasladar al prefecto de policía de París, Jean Chiappe, considerado cercano a las Ligas Nacionalistas, y el resultado fue una gran manifestación de protesta el mismo día de la investidura de Daladier en la Cámara de Diputados, el 6 de Febrero de 1934. En las manifestaciones que degeneraron en disturbios estuvieron tanto las Ligas Nacionalistas y las Asociaciones de Excombatientes como un grupo cercano al Partido Comunista, la Asociación Republicana de Antiguos Combatientes. La represión fue violenta: 15 personas murieron por la noche y cuatro más los días siguientes.

El gobierno fue atacado y tratado por las ligas nacionalistas de gobierno de asesinos mientras que la izquierda denunció las manifestaciones como un intento de golpe de estado fascista, aunque tal proyecto no existió nunca. Daladier presentó su dimisión y Gaston Doumergue, ex presidente de la República, formó un gobierno de «Unión Nacional» con André Tardieu, el Mariscal Pétain y... de nuevo el radical Edouard Herriot. El tema del día era la reforma del Estado, esperada por una gran parte de la opinión pública. Los proyectos eran numerosos y los debates fueron importantes durante la primavera y el verano de 1934, pero en el otoño de ese mismo año cambió la situación.

El primer ministro, Gaston Doumergue había preparado una pequeña reforma (una «réformette»). Pero a pesar de que no era la reforma esperada, no pudo ser votada. Doumergue prefirió presentarla a los franceses por la radio antes de enviarla a los parlamentarios. Para los parlamentarios del partido Radical y una parte de la Alianza Democrática de la derecha, el sector de Pierre Flandin, la actitud del primer ministro fue considerada un crimen y un desprecio hacia el Parlamento y la democracia representativa. El resultado fue la dimisión del primer ministro Doumergue y su sustitución por Pierre Etienne Flandin. El gran proyecto de reforma del Estado murió y fue necesario esperar hasta 1958 con el general De Gaulle para que la constitución de la Quinta República asumiera muchos elementos de los proyectos de los años 1930.

En relación con la crisis política y la inestabilidad gubernamental de los años 1930 las consecuencias son numerosas. La primera fue la percepción por una parte de las derechas de que el régimen de la Tercera República no podía ser reformado desde dentro del sistema. Esto conllevó la radicalización de una parte de sus militantes, radicalización que les condujo al fascismo. Sin embargo, a pesar del fracaso oficial de la reforma del Estado republicano, lo cierto fue que en la práctica se afianzó el peso del poder ejecutivo sobre el legislativo amparado en el uso continuado de decretos-ley por parte del Gobierno. Por otra parte, se consolidó la importancia del grupo de tecnócratas, un verdadero Brain Trust dentro de la administración pública.

La personalidad pública de los primeros ministros se afianzó a fines de los años 30 en parte por el incremento del poder del Gobierno vía decretos leyes y en parte también por una política de visibilidad pública de los primeros ministros y presidentes de la República, como muestran la incorporación como sede oficial del presidente de la República del Palacio del Elíseo y la residencia del primer ministro en el Hotel Matignon. Podemos considerar que la situación política ha evolucionado desde 1932 hasta 1938 y aunque no cabe afirmar que la crisis política se hubiera solucionado, sin embargo, el panorama político ha ido transformándose en esos años con toda una batería de propuestas sobre la reforma política y administrativa del Estado republicano que dejaba atrás el viejo sistema liberal y apostaba decididamente por el aumento del Estado, la mejora de la gobernanza pública y su intervención en los asuntos económicos y sociales, aspectos que en algunos casos servirán de soporte teórico a la Quinta República. Resumiendo, en los años 30 se inició toda una serie de cambios políticos, sociales y económicos que la opinión pública de aquel momento no supo calibrar, a diferencia del historiador de hoy. Probablemente la imagen del último gobierno de la Tercera República tras el ataque de Alemania de mayo de 1940 ha condicionado la imagen de todo el periodo histórico. El problema de la paz y la guerra fue, sin lugar a dudas, un elemento esencial en la percepción de la crisis francesa de los años 30.

3.- Francia y los franceses entre la paz y la guerra

El problema de la paz y de la guerra fue un tema destacado durante todo el periodo de entreguerras y la preocupación se incrementó con la llegada de Hitler al poder en 1933. La opinión pública estaba muy traumatizada por el terrible impacto de la Primera Guerra

Mundial, con más de un millón y medio de muertos y un número superior de heridos y mutilados. La presencia de los mutilados de guerra, de los excombatientes, de las viudas vestidas de negro, constituían una realidad muy dolorosa.

La Francia de entreguerras era un país pacífico y aún pacifista para gran parte de la población. Una frase típica de la época era que la guerra mundial debía ser «la der des ders» (la última de las últimas), la guerra que acabaría con todas las guerras. Los miles de monumentos construidos después de 1918 no fueron monumentos de victoria sino monumentos de homenaje a los muertos.

La fecha del 11 de noviembre era un momento capital cada año ya que en todos los pueblos y ciudades de Francia se organizaban ceremonias de recuerdo donde participaban juntos el alcalde, el cura y el maestro de escuela. La influencia de estos homenajes de recuerdo a las víctimas de la guerra sobre los niños, futuros adultos, fue importante. Como ha demostrado Antoine Prosa, estos actos fueron agentes de paz y no de guerra. Lo cual no significa que no existieran diferencias sobre Alemania. Las derechas, especialmente los nacionalistas, querían un cumplimiento estricto del tratado de Versalles para que Alemania no pudiese pensar en una nueva guerra. Del otro lado, en la izquierda, se prefiere un diálogo con una Alemania democrática, pensando que una Alemania democrática no podría querer otra guerra. Los métodos son diferentes pero el objetivo es el mismo: conservar la paz, por la fuerza o el diálogo.

La llegada al poder de Adolf Hitler fue cambiando progresivamente la situación si bien nadie quería de nuevo un conflicto bélico. En marzo de 1936 en la región de Renania existía un consenso desde la Action Française al Partido Comunista en rechazar (por razones diferentes) una intervención militar francesa ante la acción de los alemanes. La lógica francesa era defensiva y militarmente la célebre «ligne Maginot» tenía que proteger al país.

El problema se hizo más grave cuando Hitler, en nombre del pangermanismo, empezó a anexionar territorios como Austria y Checoslovaquia. En este momento, los partidos políticos franceses se dividieron sobre las respuestas a dar al desafío nazi.

Una parte de la izquierda, especialmente la SFIO (partido socialista) rompió con su pacifismo anterior en nombre del antifascismo. En realidad, el partido socialista estaba claramente dividido entre los «blumistas», los partidarios de León Blum, que progresivamente defendieron una intervención militar en nombre de la defensa de la democracia y los «paul-fauristas», los seguidores de Paul Faure, el secretario general, que consideraban que la defensa de la paz era lo más importante.

Si la izquierda estaba muy dividida, las derechas también lo estaban. Existía una derecha intervencionista con Paul Reynaud (sostenido por el poco conocido general De Gaulle) frente a una derecha pacifista (Pierre Flandin). En el caso de los nacionalistas (Action Française), el pacifismo dominó entre otras razones porque Charles Maurras nunca fue germanófilo pero además, se rechazaba una guerra para ir a defender la democracia checoslovaca dominada por los que se conocían como «los masones de Praga». Incluso se afirmaba que eso sería apoyar una «guerra judía».

Las divisiones políticas se reproducían igualmente en la opinión pública francesa. Cuando ocurrió la conferencia de Munich (30 de septiembre de 1938) los franceses eran mayoritariamente pacifistas de acuerdo con los primeros sondeos publicados en ese momento. Pero a lo largo del año de 1939, con la crisis de marzo y sobre todo la firma del pacto germano-soviético de agosto de ese año, la opinión aceptó con cierta resignación la perspectiva de la guerra.

Las élites políticas mantenían una actitud comparable. De hecho, los gobiernos no habían definido una política clara y duradera, en particular porque la estrategia militar era defensiva, mientras que la diplomacia quería defender a Checoslovaquia o Polonia. Para llevar a cabo la defensa de estos países se hubiera necesitado un planteamiento militar de otro

tipo. La resignación y la fuerza del pacifismo se reflejaban en el discurso del primer ministro, Edouard Daladier, frente a las cámaras al anunciar la declaración de guerra. En dicha ocasión sólo utilizó la palabra guerra tres veces, frente a once para la palabra paz. Francia empezaba realmente una «drôle de guerra» que acabó con la derrota terrible de 1940.

Conclusión:

La derrota de 1940 tuvo un impacto terrible en la sociedad francesa. La “enfermedad” de la sociedad y los problemas políticos y económicos previos fueron importantes pero gracias a la solidez del Estado y de la administración pública Francia no había caído en una guerra civil. La crisis política y económico-social de los años 30 no fue responsable de la derrota de 1940, como se ha asegurado, sino la crisis de decisión de las élites políticas. La victoria de Alemania y la ocupación llevó a un juicio excesivamente duro de la Tercera República y se impuso la imagen de la decadencia general como elemento definidor del régimen político republicano. Y eso fue así tanto desde el punto de vista del gobierno de Vichy, como desde la resistencia a la ocupación. Después de la guerra, los contemporáneos rechazaron un regreso al régimen de la Tercera República y se mantuvo la imagen de una decadencia del sistema político. Desde nuestro punto de vista, sin embargo, no hubo inmovilismo ni político, ni económico-social. Al contrario, la imagen de decadencia no encaja ni con los numerosos proyectos de reforma de las instituciones ni con la puesta en práctica de políticas económicas y sociales novedosas, algunas en el más puro keynesianismo y que permitieron el nacimiento de un cierto embrión de «estado de bienestar». La década de los 30 fue importante en relación con la modernización económica y social del país y sus proyectos de racionalización de la administración pública fueron utilizados por la Quinta República en su constitución. Por consiguiente, la sentencia de la historiografía hoy en día es menos severa con el balance de aquél periodo que la de sus contemporáneos.

Bibliografía:

- Serge Berstein, *La France des années trente*, Paris, Armand Colin, 1988.
- Alain Chatriot, *La démocratie sociale à la française. L'expérience du Conseil national économique 1924-1940*, préface de Pierre Rosanvallon, Paris, La Découverte, 2002.
- Olivier Dard, *Les années 30. Le choix impossible*, Paris, Librairie Générale française, 1999.
- Jean-Baptiste Duroselle, *La décadence 1932-1939*, Paris Imprimerie nationale, 1979.
- Flávio Limonic & Francisco Carlos Palomanes Martinho, *A grande depressão. Política e economia na década de 1930. Europa, Américas, África e Ásia*, Editora civilização brasileira, 2009.
- Michel Margairaz, *L'Etat, les finances et l'économie, histoire d'une conversion, 1932-1952*, Paris, Comité pour l'histoire économique et financière de la France, 1991.
- Philip Nord, *France's New Deal. From the Thirties to the Postwar Era*, Princeton and Oxford, Princeton University Press, 2010.
- Antoine Prost, *Les Anciens Combattants et la société française, 1914-1939*, Paris, Presses de la Fondation nationale des sciences politiques, 1977.
- Eugen Weber, *La France des années trente. Tourments et perplexités*, Paris, Fayard, 1995.